OTOÑO

Estación de paso

De la berrea de los ciervos a las primeras nieves, a través de la caída de la hoja, el vuelo de las aves viajeras y otros acontecimientos naturales

Carlos de Hita



ANAYA TOURING

OTOÑO

Estación de paso

De la berrea de los ciervos
a las primeras nieves, a través
de la caída de la hoja, el vuelo
de las aves viajeras y otros
acontecimientos
naturales

~

Carlos de Hita

ANAYA
TOURING

«El comienzo de la gran caída de las hojas
había llegado con las lluvias de la quincena anterior.
Durante todo el día, desde el techo del bosque hasta su suelo,
hubo un descenso constante de hojas. Caían en tal silencio
que el crujido que hacían al posarse en el suelo no
sonaba más que el fino rasguño de las pisadas
de ratones y topos al moverse por
sus pasadizos entre
el humus.»

~

Rachel Carson
Bajo el viento oceánico

«En la apariencia de los inicios otoñales
todo parece igual, pero todo ha cambiado.
Por la noche los cielos son más profundos,
de un azul más profundo, como si los hubieran
deshollinado. Las noches se enfrían y el aire se vuelve fino.
El cambio se nota sobre todo cuando un buen día siente
uno que se ha resfriado. Los resfriados de otoño son
desagradables, porque es difícil saber su causa.
Se siente uno resfriado y descubre entonces
que ha llegado la hora de cerrar las puertas,
de encender algo de fuego, de buscar
un rincón amable, recogido.»

~

Josep Pla
Equinoccio de otoño

«Es otoño. Caminamos.
El bosque está quejumbroso.»

~

Raúl de Tapia
Arboreto sonoro

A Virginia.
Pelo cobrizo, color de otoño.





TIEMPO DE OTOÑO ~ 11
LOS TIEMPOS ESTÁN CAMBIANDO ~ 12
ESTACIÓN DE PASO ~ 15

~

SEPTIEMBRE

RETUMBA EL OTOÑO. *Tormenta en el Monte Perdido* ~ 19
VIENTOS CRUZADOS. *La migración de aves por el estrecho de Gibraltar* ~ 25
AL ACECHO EN EL MAR. *Los halcones de Eleonora* ~ 35
EN BUSCA DE LA ETERNA PRIMAVERA. *La mariposa vanesa de los cardos* ~ 41
LA BERREA DE LOS CIERVOS. *La señal con la que da comienzo el otoño* ~ 47
AL LOBO. *Un paseo por el lado agreste* ~ 57
QUESU DE PUERTU. *La majada Gumartini* ~ 63

~

OCTUBRE

POR DONDE MERODEA EL OSO. *Meses de recolección* ~ 73
LOS JARDINEROS DEL BOSQUE. *Bellotas, hayucos, castañas y avellanas* ~ 81
RONCAN LOS GAMOS. *Una voz poco agraciada* ~ 87
DE PUERTOS A EXTREMOS. *Por las rutas de la trashumancia* ~ 93
LÍNEAS EN EL CIELO. *Llegan las grullas* ~ 101
GRANDES BANDADAS. *Palomazos, murmuraciones de estorninos y el concejo de los grajos* ~ 109
OLOR A SOTOBOSQUE. *Moras, madreselvas, madroñas y demás frutos del bosque* ~ 117

~

NOVIEMBRE

LA BIBLIOTECA DEL BOSQUE. *El pino MAB y el valle de los poetas* ~ 127
NOC-MIG. *A la escucha de la migración nocturna de las aves* ~ 133
OLIVARES VIVOS. *La geometría y los troncos retorcidos* ~ 141

UN MAPA DE COLORES. *La Pardina del Señor y la línea de tiempo* ~ 147
CONTRA VIENTO Y MAREA. *La migración de las aves marinas por los cabos de Galicia* ~ 155
EL VUELO DE LOS ÁNSARES. *Protagonistas de los cielos otoñales* ~ 161
LOS TESTARAZOS DE LAS CABRAS MONTESAS. *Refugiadas en las alturas* ~ 169

~

DICIEMBRE

EL RELATO DE LA MAREA. *Rías y estuarios del Cantábrico* ~ 179
BLANCO SOBRE BLANCO. *La primera nevada del otoño* ~ 185
UN CRUCE ENTRE DOS AGUAS. *El viaje interminable de angulas, anguilas y salmones* ~ 193
NACIDAS LIBRES. *Los territorios del lince ibérico* ~ 201
CON TODO EL INVIERNO POR DELANTE. *El vuelo sincrónico de los buitres leonados* ~ 209

~

FINAL DE TRAYECTO ~ 215
AGRADECIMIENTOS ~ 216
BIBLIOGRAFÍA ~ 219

Advertencia

En una temporada tan revuelta como el otoño, el calendario, por fuerza, es azaroso, variable. La mayoría de los acontecimientos relatados en el libro se suceden a lo largo de semanas, pasan de unos meses a otros. Además, en estos tiempos de incertidumbres climáticas, las fechas varían de año en año. El orden de este relato, por tanto, es solo uno de los muchos posibles.



~

TIEMPO DE OTOÑO

Atardece un día de otoño. Llevo un rato bajo unos tilos que riegan el suelo con la caída de las hojas. Las hileras de castaños de Indias, hayas y carpes trazadas a cordel, el estanque de forma cuadrada, los senderos bien barridos: todo indica que estoy en un jardín. Pero la lluvia de hojas deshace el orden, el otoño interrumpe la geometría. Lejos, desde un pueblo que no veo, una campana marca el paso de las horas. Las cinco de la tarde, hora de invierno.

Un pato nada por el estanque entre la hojarasca que flota en el agua quieta. Es un azulón, pero la estela que deja es dorada. A su paso las hojas vibran, se agitan en el agua, igual que hacen las que aún aguantan en las ramas sacudidas por el viento. Lejos, en dirección a la campana, el fabuloso griterío de chovas piquirrojas y cornejas, graznidos y voces rotas rompen la paz del momento e indican, con tanta precisión como los tañidos de la campana, la hora del atardecer, de reunirse en el dormidero para pasar la noche.

El otoño es una larga transición, la que va desde la intensa actividad de la época de cría hasta la pausa invernal. Pese a los graznidos de las cornejas, contiene los momentos más silenciosos del año, cuando la mayoría de las aves dejaron atrás la reproducción y los insectos y los anfibios se ocultan en el barro, o bajo tierra. Pero también algunos de los más ruidosos, cuando los contingentes de vocingleras aves invernantes —grullas, gansos, toda la tribu de los patos— llegan para ocupar los espacios que dejaron libres las que marcharon hacia el sur. Es tiempo de aves gregarias, de bandadas de miles de palomas torcaces, de las murmuraciones de los estorninos. En otoño berrean los ciervos y se lían a testarazos las cabras montesas. Al anochecer aúllan los lobos. Es el tiempo de los regalos, cuando los suelos y matorrales se llenan de frutos rojos, de setas, bellotas, hayucos y castañas y los osos asoman el hocico por las crestas de los valles, husmeando en busca de comida. Meses de trashumancia, de los viajes de puertos a extremos de los cada vez más escasos rebaños de ovejas merinas. Y es también, por supuesto, la temporada de la caída de la hoja, ese momento en el que el paisaje sonoro de los bosques calla pero el visual se llena de colores. Y la temporada de las primeras nevadas, los primeros fríos, cuando las noches de niebla dan paso a las de escarcha, el contacto definitivo con la pausa invernal.

Empieza a refrescar. Otra ráfaga añade nuevos matices a la estela del pato que arrastra los colores del otoño. Un cartel informa de que el estanque se llama Cuadrado; otro, de que las hileras de árboles forman el paseo de la Medianería. El pueblo que no vemos pero que deja oír sus campanas es La Granja.

~

LOS TIEMPOS ESTÁN CAMBIANDO

«La primavera sigue al verano,
el verano al estío, el estío al otoño,
y el otoño al invierno, y el invierno a la primavera,
y así torna a andarse el tiempo con esta rueda continua;
sola la vida humana corre a su fin ligera
más que el viento [...].»

~

Miguel de Cervantes
El Quijote

Cinco estaciones, establecidas más por las condiciones climáticas que por la llegada de solsticios y equinoccios. En sociedades agrarias, organizadas en torno al calendario de la siembra y la recolección, el verano debía de hacerse tan largo que era preciso dividirlo en dos partes. La segunda, el estío o canícula, a partir de las últimas semanas de julio y todo el mes de agosto, cuando las plantas, claro está, se agostan, los ríos dejan de correr, la vegetación está abrasada y el paso de cualquier animal, de cualquier vehículo de ruedas, levanta espesas nubes de polvo. Pero después del estío llega el otoño, con sus tormentas tardías y los frentes de lluvia. Así eran las cosas.

La crisis climática que barre el planeta ha cambiado este orden natural. Desde hace décadas, tantas como la ciencia lleva avisando, las previsiones sobre los efectos del calentamiento global apuntan a una transformación de las dinámicas de la primavera y el otoño como estaciones de una larga y suave transición. En los últimos años, con una tenacidad que parece irreversible, el otoño ha perdido sus equilibrios y es un rápido paso de los calores del estío al invierno. Los veranos, climáticamente hablando, son cada vez más largos, a razón de uno o dos días por año; la sequedad y las altas temperaturas empiezan muy pronto, en mayo o incluso abril, como pudimos padecer en el año 2023; muchos árboles, sometidos a estrés hídrico, se retiran en pleno verano, entran en modo de supervivencia y pierden el color verde antes de tiempo. Llegado el momento, el amarillo en álamos, abedules, robles y demás es de sequedad, no de otoñada. Aquellas hojas que aguantan, mejor o peor,

cambian brevemente de color, lucen un esplendor «apagado» y caen al suelo rápidamente. Las tormentas que regaban el campo ya no son tan predecibles. El concepto de entretiempo pierde su sentido, el verano enlaza directamente con el «veranillo de San Miguel», esos días de finales de septiembre que eran como un recuerdo de la estación pasada. Los gansos silvestres, las grullas que cruzan con una férrea determinación todo un continente se encuentran con que sus lagunas y marismas están secas. Las nevadas de noviembre ya no son tan puntuales. Cierto que los ciervos berrean en las primeras semanas de la estación, y que los lobos abandonan sus aulladeros a finales de septiembre. Pero a los osos les cuesta prolongar la degustación de arándanos, y muchas aves migrantes ya prefieren quedarse en la península, en un paisaje que les recuerda a sus tierras de invernada en África.

En el calendario anual el verano domina, el invierno se suaviza, la primavera es una rápida transición, y el otoño, cada vez más, apenas un pequeño escalón del calor al frío. No siempre bien regado. Este libro, por tanto, es el relato de un otoño «como los de antes»; el resumen en una sola estación de las experiencias vividas en el campo a lo largo de una vida. Por eso, a veces he tenido la tentación de escribir en pasado, consciente de que, por edad y experiencia vital, pertenezco a la última generación que ha conocido una naturaleza regida por los ritmos estacionales clásicos. Desde ahora nos asomamos a un panorama incierto, un terreno climático desconocido, con fenómenos meteorológicos extremos, pero que, en cualquier caso, apunta a más calor y más sequedad. Pese a todo, y aunque, efectivamente, los tiempos están cambiando, mantengamos la esperanza. Confiemos en que, sin olvidar la crisis, las tormentas rieguen los campos sedientos en agosto y septiembre, aunque sea al precio de alguna que otra granizada. Será el agua que permitirá a los ciervos berrear a placer; a los osos, atracarse de frutos, y a los gansos, los patos, las grullas y demás aves aquerenciadas con las charcas, marismas y lagunas, chapotear en su elemento.

Y si no, recordemos que, al menos, sonó bien.



Hojas rojas de haya, aguas blancas
y azules de la roca caliza.



~

ESTACIÓN DE PASO

Una *suite* de otoño



Semana a semana, este es el relato de la naturaleza
contado con sus propias voces.

Un retumbo montaña arriba. Final de verano.
Y a continuación:

El bramido de un ciervo y el último grillo del otoño.
Los aullidos de los lobos.
El tintineo de los rebaños trashumantes.
Los trompeteos de las grullas.
El concejo de los grajos y el griterío de las bandadas de aves.
Lluvia sobre la hojarasca, corros de hojas secas movidos por el viento.
Los temporales de poniente.
Los testarazos de las cabras montesas.
Bajamar en una ría.
Las primeras nevadas y las suaves avalanchas de nieve sobre las copas.
La llamada del lince ibérico.

Y después, el frío, el silencio de los primeros días
del invierno.


SEP
TIEM
BRE



Tormenta en
el Monte Perdido

~

RETUMBA EL OTOÑO

~

Volvemos de una excursión
a la brecha de Rolando, esa inmensa
escotadura, como el tajo de la espada del guerreo
mítico, abierta en el valle de Ordesa, una ventana
hacia el circo y la cascada de Gavarnie, del lado
francés de los Pirineos. Es un típico día
de primeros de septiembre, despejado
y sin una nube en el cielo azul de la alta
montaña. Y por eso lo previsible es que
se acabe formando una tormenta.
Por estas fechas las tormentas
se presentan con regularidad,
casi como si estuvieran sometidas
a un horario. Al menos era así
hasta hace unos años, cuando
era un clima predecible,
y no el azar, el que regía
la meteorología.

Son estos unos paisajes difíciles de retener en la memoria. Y no porque no seamos capaces de fijar punto por punto todos sus detalles, cada uno de los picos, los valles que se abren a los pies, las fajas de roca calcárea que, a manera de cornisa, se extienden horizontales por las laderas, o las aguas que caen, saltando por infinidad de cascadas, para formar con la suma de sus aportaciones los ríos Arazas o Cinca. Ordesa, y el macizo del Monte Perdido en su conjunto, son inaprehensibles porque forman una inmensidad que nos sorprende de cada vez que nos asomamos como si lo viéramos por primera vez. El conjunto, declarado Parque Nacional en 1918, apenas unas semanas después del de Covadonga, comprende la inmensa mole del macizo de las Tres Sorores, las tres hermanas en el habla altoaragonesa, que son el Monte Perdido (3.355 m), el Cilindro (3.322 m) y el Soum de Ramond (3.263 m), así como los valles que parten radialmente a sus faldas, excavados por el correr de las aguas y, en el pasado, por los hielos de las sucesivas glaciaciones.



Cielo de tormenta en el circo de Soaso, con el Monte Perdido a la izquierda y el Soum de Ramond.



Dos chovas piquigualdas.

Pasado el mediodía, unas nubes empiezan a formarse sobre la cumbre ceñuda del Monte Perdido. Apresuramos la marcha sobre los mullidos pastizales alpinos. Rebaños de sarrios pastan tranquilamente en las fisuras de las rocas, donde brote algo de alimento. De vez en cuando, y solo si nos acercamos más de la cuenta —cosa difícil, acercarse a un sarrio en sus dominios verticales—, alguno de ellos emitirá el chiflido de alarma, una señal inconfundible que pone a todo el grupo en marcha. Las marmotas, por su parte, asustadas o no, chillan sin parar, asomadas a sus balcones de roca sobre el valle. Los pájaros alpinos —acentores y bisbitas— silban y siguen con sus cantos como si el verano fuera a durar siempre. Los saltamontes, como el palpitar entre las hierbas, rascan sus élitros con tesón. Y desde los bosques situados mucho más abajo, los oscuros hayedos del valle del río Arazas, llegan las voces moduladas, poderosas incluso a esa distancia, de los zorzales y los mirlos.

Pero en esta tarde de verano, tibia y tranquila, a la vista ya hay indicios de que el tiempo va a cambiar. En las praderas han brotado las merenderas, esas tardías flores de la familia de los azafranes de un delicado color violáceo. Y sobre un risco, las chovas piquirrojas y piquigualdas, con sus voces y silbidos rotos, se reúnen en su griterío y emprenden un carrusel continuo de subidas y bajadas, una y otra vez desde las cumbres hasta el fondo de los valles, y vuelta a empe-



Cascadas de agua en las gradas
de Soaso.

zar. Así, arriba y abajo, estas aves, que hace unas semanas buscaban la soledad, pasan la tarde hasta la puesta de sol.

Estalla la tormenta y el carrusel de las chovas se detiene. Las previsiones se cumplen, el nublado viene por derecho y en unos segundos todo el valle resuena con los estampidos de los rayos que, inmediatamente, se convierten en sus ecos —eso que llamamos truenos—Una tormenta por encima de los 2.000 metros de altitud no es cosa de broma, pero sí uno de los espectáculos que cualquier amante de la naturaleza debería conocer. Estamos demasiado cerca, más de lo que sería prudente, y apenas transcurre un instante y el latigazo del rayo se ha convertido en el ronquido del trueno. Los relámpagos se suceden unos a otros y a cada fogonazo se presenta a nuestra vista una imagen cegadora, como una fotografía en la que nada se mueve. Para el oído, en cambio, el ruido transmite la sensación de que la montaña se está derrumbando. Los retumbos ruedan ladera abajo, rebotan en las paredes, se enroscan en las oquedades y esquinazos de piedra. Al mismo tiempo se abren los cielos y descarga un aguacero. Marmotas, pájaros, chovas y saltamontes se callan; solo habla el trueno, a todos los vientos. La montaña es una gigantesca caja de resonancia —no quiero imaginar cómo